

BESAME




SADE.

—La Condesa Gamiani era una ansiösa. Yo, con un par de hom-
bres solamente, me conformaría.

20 cts.

PROXIMAMENTE:

Almanaque Nudista para 1933



Valiosos artículos de eminentes médicos y celebrados escritores especializados en la materia. Prácticas que deben realizarse en los doce meses del año. Medidas higiénicas que no deben olvidarse. Mandamientos del perfecto naturista. Consejos útiles, anécdotas, pensamientos, etc.

200 FOTOGRAFÍAS DEL NATURAL, 200

Algunas magníficamente iluminadas, presentando hombres, mujeres y niños en plena campiña, completamente desnudos, rindiendo culto a nuestro Padre Sol y a nuestra Madre Naturaleza.



ALMANAQUE NUDISTA PARA 1933

Es una obra higiénica que no debe faltar en ninguna casa.

Al precio de UNA PESETA se encontrará en todos los kioscos

Profilaxia Sexual por el Doctor PIERRE FRECHER

EN PREPARACION

AMOR Y SEXO

Anatomía genital. — Fisiología. — El coito. — Anomalías. — Monstruosidades. — El amor y el matrimonio

LA PROSTITUCION

La prostitución en distintos países. — Casas de citas. — Espectáculos especiales. — Cabarets. — Modas. — Manicuras. — Barrios chinos

Crímenes. — Incestos. — Estupros. — Violación de cadáveres. — Bestialidad y locura.

LA LOCURA SEXUAL

Vicios y Aberraciones

Onanismo o masturbación. — Ninfomanía. — Satiriasis. — Fetichismo. — Sadismo. — Masoquismo. — Pederastia. — Safismo.

PRECIO DEL CUADERNO, 50 CÉNTIMOS.

Redacción y Administración:
 Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA
 Teléfono 11102 Talleres "LA GUTENBERG"



AÑO I NÚM. 16

Suscripción	trimestre...	2'50 ptas.
"	semestre...	5 "
"	año...	9 "
Extranjero,	año...	15 "

Lo que hace la superstición

¿Se ríen ustedes de las supersticiones? Yo, no; ni mucho menos. Cuando entro en una casa y, colgada detrás de la puerta, veo la herradura que ha de atraer la suerte y ahuyentar la desgracia, no se me ocurre burlarme, ni siquiera enojarme de hombros con excepticismo. Pienso que el dueño de la casa es un idiota por dejar allí su zapatilla, en vez de dejarla en la mesilla de noche. Pero nada más.

La hoja de trébol, o el pequeño jorobadito, o la tortuga... que algunas señoritas llevan sobre el pecho, tampoco me hacen reír. Me sirve de buena excusa para acercarme, inclinándome mucho, para verla mejor. Y algo se pesca. Todos los amuletos, fetiches, "portbonheurs", etc., son motivos para galanterías; a veces, para hacer amistades; a veces, para decidir un conquista.

Además, yo tengo una especial razón para no burlarme de las supersticiones; sobre todo, de las supersticiones femeninas. Y la razón fué un número 13. Todavía se me erizan de gusto los cabellos cuando recuerdo aquella aventura tan inesperada como sabrosa. Una aventura galante; bastante galante; muy galante...

Figuraos que me hallaba en la mesa redonda de cierta fonda de segunda categoría, encantado de la señora que tenía por vecina, cuando de pronto oí que ella murmuraba con acento de profunda amargura:

—¡Somos trece!... ¡Qué desgracia nos espera!

Aproveché la exclamación para entablar diálogo, y entonces supe que aquel mismo día se había casado con el orangután que estaba a su izquierda, y que el ser trece en la mesa lo miraba como anuncio de boda desgraciada. Yo, siempre fiel a mi sistema de dar la razón a las mujeres —a las mujeres de los otros, se entiende—, asentí a la superstición de

la recién casadita, asegurándole que, en efecto, el trece es un número muy patoso, especialmente desde que Primo de Rivera eligió un 13 para su golpecito marcial.

—¡Ya ve usted lo que trajo aquel 13! Primero, una dictadura ignominiosa. Luego, la pérdida de una corona para el rey que hipotecó su porvenir en aquel 13 de tan mal agüero.

—¡Qué desgraciada voy a ser! ¡A ver si va a tener razón mi tía, que ha estado siete meses oponiéndose a mi boda!

—¡Ah! ¿Su tía se oponía a la boda? Entonces no falla la predicción. Su tía es una señora muy inteligente y muy simpática.



—Esta vez no me ha caído el gordo, pero me ha "tocado", con aproximación... y sin jugar...

—¿La conoce usted?

—No, señora; pero, siendo tía de una mujercita como usted, ha de ser simpática. Y lo de inteligente se demuestra con sólo mirar al que ha tenido la suerte de casarse con usted. Un tío tan gordo, tan chato y tan peludo, no puede hacerla feliz.

—De no ser por el trece... Sí; me hubiera hecho feliz, porque es rico, y me quiere mucho. Pero ¡esto de ser trece en la mesa!...

Conté los comensales, y, en efecto, éramos doce hombres y ella. Entonces propuse al marido que se marchara a comer a otro sitio; pero él, muy poco fino por las pruebas, no aceptó mi sugerencia. Y yo, que estaba dispuesto a ganarme las simpatías de tan hermosa mujercita—porque de veras lo era, y muy apetecible en sus abultadas formas de campesina robusta y sanota—, me marché a una mesita individual, dejando once apóstoles alrededor de la morenaza supersticiosa, y confiando en que sabría demostrarme su agradecimiento por mi heroicidad para evitar el fatídico número 13.

¿Agradecimiento? ¡Ya lo creo! A los postres nos reunimos, volviendo a comentar las desgracias ocurridas a nuestros antepasados que comieron siendo trece en una mesa. Salimos juntos a tomar café, y como los recién casados no conocían la ciudad, me ofrecí a servirles de cicerone, y pasamos la tarde yendo en auto de un lado a otro—auto que, lógicamente, había de pagar el marido—, y aprovechando yo los movimientos violentos del coche para dar algún que otro rodillazo contra los rollizos y duros muslos de la guapa campesina.

Ella, distraída con el espectáculo de la ciudad desconocida, no se percataba de mis pequeños aprovechamientos. Recuerdo que en una ocasión, estando en el Parque del Retiro contemplando el lago y las

pequeñas embarcaciones que lo surcaban—porque todo ello, amigo lector, acaecía en Madrid, y hace cosa de pocos meses—, la apetecible pueblerina se colocó de codos a la baranda, y al separarme yo un poco, la vi en una posición tan invitativa que acabó de marearme su incutante cuerpazo torneado. Su inclinación resaltaba escandalosamente la amplitud de las caderas y la perfecta redondez de su globo posterior. La corta falda subía, por la posición violenta, y me dejaba ver las estupendas pantorrillas y las ligas azules que marcaban el final de las medias negras y el comienzo de los muslazos turgentes... ¡Señor, qué apetitosa estaba la muy rica! Tanto, que sin darme cuenta fui acercándome por su espalda, y, mientras llamaba su atención y la de su marido sobre detalles de las barquitas,

fui ciñéndome más de lo honesto a sus protuberantes redondeces posteriores... Y os aseguro que pasé un ratito delicioso hablando de mil simplezas, mientras empujaba con el cetro de mi hombría contra aquella masa dura y sugestiva de la recién casadita.

También por la noche salimos juntos al teatro, divirtiéndome yo mucho con el afán que el marido demostraba por sentarse muy pegadito a su mujer y llevarla luego del brazo tan arrimado a ella que hacía volver los ojos a los curiosos transeuntes. Nos despedimos a la puerta de su cuarto, con grandes ofrecimientos y protestas del gusto que habíamos tenido en conocernos. Y yo fui a acostarme, aunque confieso que me resultó una cosa muy difícil poder dormirme. El pensamiento de lo que debía estar pasando en el dor-

mitorio de los recién casados, tan bruto él y tan estimulante ella, era para quitar el sueño al más pintado. Casaditos aquella mañana; enamorados y fogosos, y... ¡al fin, solos!... Me la imaginaba a ella desprendiéndose de las ropas, con movimientos ruborosos; me lo imaginaba a él, a zarpazos con las protuberantes hermosuras de ella... Y yo no hacía más que dar vueltas y vueltas en la cama, tratando de pensar en los sinsabores de los deportados a Villa Cisneros, con alejar otros pensamientos pecaminosos...

Al fin me dormí, ya de madrugada, y seguramente no hacía más que unos minutos que roncaba dulcemente, cuando me despertaron unos suaves golpecitos a la puerta de mi cuarto. Abrí, y... ¡Sí! ¡Era ella! ¡Era la recién casadita, la rolliza campesina guapa que se precipitó en mi cuarto, en camisa, temblorosa, ruborosa, y se arrojó en mis brazos para hacerme la más inesperada y sabrosa confesión:

—A otro no me atrevería a decirselo, pero a usted, sí; porque usted es también supersticioso y, además, es un caballero...

—Hábleme con toda confianza—le dije, mientras la estrechaba cariñosamente contra mi pecho y colocaba ambas manos sobre sus estupendas caderas henchidas—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Alguna "bicha" debajo de la cama?

—¡Peor! ¡El 13! ¡El fatídico número 13 que me persigue para causar la desgracia de mi matrimonio!... ¡Trece!... ¿Comprende usted? Mi marido... ¡Trece! Mientras iba cumpliendo la docena, me parecía que sus caricias eran un buen presagio para mi felicidad futura; pero al llegar al número 13 me he sentido horrorizada. He hecho todo lo que se me ha ocurrido para pasar de esa cifra fatídica; pero mi marido, no... no... no cree en agüeros, y se ha puesto a roncar, dejándome bajo la trágica pesadilla del 13... Esto va a causar mi eterna desgracia, y yo no puedo resignarme... Le he dicho que iba al water, y vengo a ver si usted me hace el favor de... de... sacarme del número 13...

—¡No faltaba más, hija mía! ¡Se lo haré con mucho gusto!

Efectivamente se lo hice, y hasta me parece recordar que cuando salió de mi cuarto la supersticiosa morenaza, me dijo algo parecido a esto:

—¡Dieciocho! ¡Este número sí que es bonito! ¡Ahora sí que puedo dormir tranquila! ¡Qué amable ha sido usted! ¡Toda mi vida le estaré agradecida!

Ahora, ustedes me dirán si no hay para bendecir las supersticiones, especialmente las de las mujeres.

J. DE VALDEMAR



—¡Cuidado no te equivoques, Luis.

—¡Ca, mujer! ¡Sería un error de bulto!

El hombre que se sacrificaba

Mi amigo, el abogado que se educó en Valencia, no puede oír una ironía de amor. Mi amigo no comprende otro amor que el espiritual, capaz de todo sacrificio. No se aviene a fingimiento, no tolera subterfugios, y maldice del amor ocasional, frívolo, temporero—como él le llama con el gracejo que heredó de sus padres andaluces—. Mi amigo no admite relatividades en el amor; necesita lo absoluto.

—Tiene usted una idea demasiado... ideal—le habíamos objetado nosotros—. Le será difícil conseguir la felicidad con toda esa complicación. Para ser feliz, a mí me basta con despreocuparme un poco de prejuicios, con pecar de sencillo para creer, a pies juntillas, lo que ellas me dicen, y con no cometer nunca la antigüalla de sentirme celoso. Créame usted, amigo: no hay refrán tan sabio como el que aconseja que "si quieres ser feliz, como me dices, no analices, amigo, no analices".

—Eso es inmoral.

—¿Por qué? Es la prudencia como base de la tranquilidad; es la discreción, llevada también al amor. Figúrese que usted tiene una querida a la que pasa una pensión determinada. Para ser feliz con ella, basta y sobra con encontrarla "adecuada" a sus caprichos, a sus horas concretas y a sus estados de ánimo. Si usted comienza por investigar lo que hace ella cuando usted no la ve, es hombre perdido. Si comienza por analizar lo que valen los perfumes que ella gasta y lo que suma el dinero que usted le da, viene la duda, el tormento que ya no le deja vivir en paz. Yo fui en mi primera juventud un romántico tan feroz como usted, y hoy... Cuando tengo querida, y voy a verla, me guardaría muy bien de mirar bajo la cama. Si llamo a la puerta y no abre al primer timbrado, me largo suponiendo que no está en casa, y sin que se me ocurra mirar por el hueco de la cerradura ni aplicar la oreja.

—Eso es brutal, es absurdo, es incongruente. Para eso no se tiene querida.

—Al contrario; para eso se la tiene. La querida, si nos ha de preocupar, ya no cumple su papel. A ella no vamos para contarle nuestros disgustos ni comentar nuestros afanes. Esto es algo muy íntimo, que reservamos a la familia, y desgraciado del que hace su familia y su hogar de la querida, y de la casa de la querida. A la querida vamos a que nos dé entretenimiento, olvido, placer. Le prohibimos estar triste, o seria, o fría, o enferma, y mientras esté para nosotros tal como nosotros la necesitamos, ¿qué nos im-

porta lo que haya hecho antes o lo que hará después?

—Eso es de un egoísmo embrutecedor.

—¡Ah! ¿Pero usted tendría una querida por sacrificio?

—La tendría y la he tenido.

—¿Hombre!

—La he tenido. Era una muchacha buena como el pan, que llegó a mis

—No podía ser. Se negaba ella. En otro sitio hubiéramos tenido que comenzar por dar a conocer nuestra situación ilegal, y esto era humillante y vergonzoso para ella. Traté como el que allí encontrábamos no era fácil en otro sitio. Y puesto que allí ya lo sabían todo, no era cuestión de que lo supieran otras personas, cosa que a ella la hubiese perjudicado. Y ya ve usted si fué sacrificio haber de colgar la ropa de la lámpara; dormir con los oídos tapados con algodón... Pero ¡era tan feliz con aquella muchacha! ¡Era tan buena, y me quería tanto!

... ..
Rodando el mundo, a ella la conocimos también un día. Y le recordamos esta historia verídica de la fonda de los chinchos.

—¿Es verdad, es verdad!—confirmó ella riendo.

—Sé que él no quiso marcharse por usted, y usted no quiso dejar la casa porque los dueños eran muy buenos amigos...

—Sí, sí. Y además... ¡había en la casa un camarero tan simpático, tan guapo, tan apasionado!...

Al recordarlo, la muchacha se mordía el labio inferior y ponía los ojos en blanco. Y nosotros sonreímos a esta inesperada ironía del amor, que hacía a un hombre dormir con las ropas colgadas en la lámpara y las orejas rellenas de algodón para que otro hombre fuese a recoger, en los brazos de la mujer, el fruto de su sacrificio...

Ríanse ustedes, si gustan; pero no se lo cuenten al hombre que se sacrificaba por su querida. Si no hubiese románticos como él, no habría aprovechadas como ella. Y en este caso, ¿qué sería de los descuidados del amor?

FULANO DE TAL



—¿Para qué me he de vestir si dentro de un rato está aquí mi primo?

brazos por amor. Teníamos nuestro nido en una fonda, donde los dueños eran tan excelentes amigos que cerraban los ojos a nuestro enredo. Nosotros vivíamos completamente felices, sin preocuparnos de nada más que de nosotros sólo. Mi sacrificio lo encontrará usted un poco ridículo, pero era sacrificio, ¡ya lo creo! La casa aquella estaba llena de chinchos. En la cama, en las sillas, por las paredes, por las puertas... miles de chinchos asquerosas. Cambiamos todos los cuartos de la fonda, encontrando en cada uno los mismos compañeros a miles. Ni polvos insecticidas, ni gases asfixiantes. No había más remedio que aguantarse o dejar la casa. Y ya ve usted...

—¡Haber dejado la casa, hombre!

En la tienda

—¿Mareos, *miá qu' eres frescales!*

—M' extraña el piropo, Elena.

—Ayer, al cambiarme un duro, m' has metido esta peseta.

—¿Que yo te he metido...?

—Y bien.

Porque soy una "cateta", que, sin sospechar, no miro lo que me dan en las vueltas; pero, de hoy en adelante, no me la metéis. ¡Por estas!

¿Qué tío!

Asunción, que es muy robusta, y con más poder que un toro, se queja de que no puede derrotar a Luis, su novio.

—Para rendirle—asegura—, necesito hacerlo todo, y él, en cambio, con un dedo solamente, me hace polvo.



El jurado del concurso de Belleza.—Sí; esta chica debe presentarse al concurso. Que me la presenten. ¿Que me la traigan!

¿Qué quiere usted que escriba?

Nuestra táctica con ellos

Me lo piden juntamente dos lectoritas, y aunque el tema es harto difícil y harto expuesto a decir cosas demasiado conocidas, no puedo negarme, por ser la primera vez que unas lectoras confían en mi experiencia para conservar apasionado el amor de sus amigos. Ello, repito, es harto difícil. El amor tiene un límite en su apasionamiento precisamente, y, llegado a él, no hay quien lo sobrepase; ni el hombre puede mantener su ilusión ni la mujer puede hacerla renacer.

Pero no es cosa de hacer filosofía demasiado seria en este semanario. Ni puedo, tampoco, concretarme a casos especiales de lectores determinados. He de generalizar siempre, para que todos los lectores

hallen cierto interés. Por ello, amigas mías, me limitaré a unos sencillos consejos que pueden servir a todas: a las muy jovencitas, para iniciarnos en el bello arte de amar y ser amadas; a las "crepusculares", para consolarlos de las horas pasadas y tal vez para ensayar a reproducir lo que fué.

A unas y otras os digo:

::

Que procuréis no llegar nunca la primera cuando vayáis a encontraros con él. Cuando el hombre ve en la mujer una absoluta puntualidad o un miedo de hacer tarde, se convence de que es muy amado, y de aquí a la indiferencia y al aburrimiento, no hay más que dos pasos

Haced que él sea siempre el que espere. Mientras espera, piensa en vosotras; se irrita tal vez, pero vibra al pensamiento de si no acudiréis, de si le olvidáis, de si estáis con otro... Y cuando llegáis, al fin, es sumiso, dócil, apasionado...

::

No uséis siempre de la misma forma la camisa ni del mismo color las ligas. La impresión que en él produce la liga es casi dominante cuando la tropieza su mano sobre la ropa—aprovechando un descuido de los papás, en un rincón de cine, etcétera—siente un calofrío y sonrío como si ello fuera un triunfo.

Casi tanto como la carne importa la liga. Pasa y repasa la mano por ella. Quisiera saber cómo es de ancha, qué color tiene, si lleva adorno de lazo o broche o botoncitos, si es de seda, si os oprime mucho... Y cuando las vea se extasiará y querrá besar sobre ellas, morder...

Luego las ligas le serán conocidas y luego familiares. Al fin no le producirán impresión, y por esto las habéis de cambiar, para renovar su sorpresa, sus besos y sus mordiscos... "¡Caramba, unas ligas nuevas! ¡Y son bonitas!... Sí, muy bonitas, y te sientan muy bien... Pero te aprietan mucho; deben lastimarte. ¿A ver si te deja señal?" Y bajará la media para ver si hay señal, y, la haya o no, pondrá allí sus labios nuevamente, ilusionados por la novedad de unas ligas maliciosas.

La camisa... ¿Quién duda que ejerce una influencia poderosa en el amor? La camisa sencilla de hilo blanco; la camisa de color, con lazos en los hombros y en el pecho, calada, con abertura y botoncitos, con volante, bordada coquetonamente, con calados, con contitas pasadas horizontalmente... Podrá él estar cansado de su trabajo o aburrido de las horas que perdió en el café. Una camisa nueva os transforma; parecéis más delgadas o más gruesas; más morenas o más blancas... Y no resiste. Si la camisa es demasiado coquetona, tal vez le recuerde la artista de vodevil a quien vió en cierto teatro y que le produjo un efecto de afrodisíaco secreto. Es igual para vosotras. Ello añadirá un granito de pimienta a sus abrazos. Si es demasiado sencilla, tal vez le hará evocar a la ingenua novia que no le quería abrir la puerta, pero que, a través de la reja, le dejaba convencerse de lo fina que era su ropa interior.

No os preocupe lo que él piense, mientras seáis vosotras las que abraza. Al fin y al cabo, nadie podría asegurar lo que piensa un hombre cuando abraza a una mujer. Como ellos tampoco sabrán nunca lo que pensamos nosotras en parecidos mo-

mentos. Porque, si tan celosas fuérais, también habrías de sentir celos de la camisa que ha provocado el beso. ¿Qué más da? El caso es que el beso lo recibáis vosotras.

::

No digáis "sí" demasiado pronto. A las amantes que se rinden fácilmente se las olvida con semejante facilidad. Si dijisteis "sí" en seguida, pensará que estabais locas por él, y os amará como haciéndoos un favor, o pensará que lo que sentíais era deseo de cualquiera y os despreciará suponiendo que con igual facilidad os rendiríais a otro.

Haced que os desee, que dude de su fuerza y que crea que es él quien os hace caer, aunque ya estuvieseis decididas antes. Y cuando digáis "sí", decidlo a media voz, ce-

rrando los ojos como si no quisierais ver lo que decís. Pero si no tenéis seguridad de decirlo bien, más vale que no digáis nada. Dejad que él lo adivine.

El ideal es que digáis "no"; pero que lo digáis de un modo...: "¡No!... ¡No!... ¡No!...", como si pidierais compasión para que no abuse de vosotras. Y él lo comprenderá en seguida, y abusará todo lo posible.

::

Completando lo que antes dije, he de añadir ahora que no le hagáis esperar demasiado cuando le citéis. Comprenderá el juego y se reirá de vosotras, o pensará que no le deseáis, que vais demasiado seguras de que os espera, y para daros en la cabeza, se marchará.

Hay que llegar un poco tarde, pero no mucho, y siempre con una excusa aceptable. Por ejemplo: que había visita; que el marido tenía jaqueca; que os entretuvo en la escalera el novio de la hermana; que os estabais bañando...

Esto último le hará abrir los ojos, imaginándoos en aquella faena, y abrir las narices al tufillo de la carne fresca, y...

Probadlo.

::

No le presentéis nunca a vuestra mejor amiga. Le podéis presentar alguna, para que no crea que teméis demasiado a perderle; pero a vuestra mejor amiga, ¡jamás!

Pensad lo que haríais vosotras si vuestra mejor amiga os presentara su novio o su amante...

CHARITO ISOL



—Este es caprichoso; le gusta verme con zapatos; pero luego "me pongo las botas"...

COSAS DE MUJERES POR FERSAL



- YA HE ROTO CON ESE, MEJOR DICHO, EL QUE HA ROTO ES EL.....



- ME ESTA PASANDO LO QUE AL VESTIDO QUE ME COMPRE, ¡ME DEBO HABER PASAO DE MODA. POR QUE NO ME ESTRENO.



- ¡QUE ASCO DE HOMBRES, YA NO LA SIGUEA UNA, NI 'NA'.....



- TE ACUERDAS DE AQUELLO DE LA ZORRA Y EL BUSTO...
- ¡AH SÍ!... TU CABEZA ES MERMOSA PERO... ¡AY, EL SEXO...!



- COMO ES TAN JUGADOR AYER ME VIÓ ASÍ Y EL MUY CASTIZO ME DIJO: SI SE PERMITIERA EL JUEGO, EN ESE LOCAL, VAYA UNA POSTURA, PARA METER EL CAPITAL.



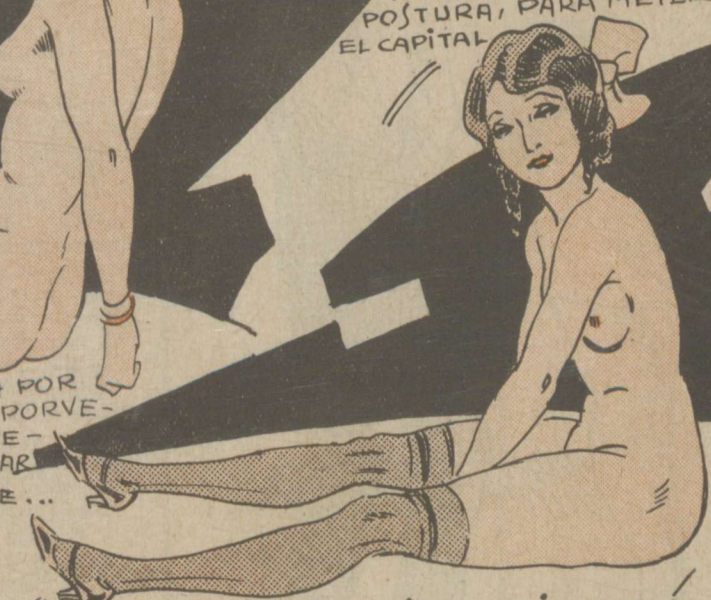
- SI ME VIERA PEDE FUMAR, AHORA QUE SE LO HA PROHIBIDO EL MEDICO, YA ME ESTABA PIDIENDO UNA CHUPADITA...



- TANTO QUE ALABAN LOS HOMBRES NUESTRAS PIERNAS Y LUEGO... ES LO PRIMERO QUE ECHAN A UN LADO.....



- PARECIA QUE IBA POR BUEN CAMINO SU PORVENIR, PERO APENAS IBA A LLEGAR SE LE TUERCE...



- ESTÁ TAN DESALQUILADO MI CORAZÓN QUE... ¡AY, HASTA LOS DEDOS SE ME ANTOJAN HUESPEDES.....

FERSAL 732.

Entre sorbo y sorbo

Discutíamos mano a mano. ¿De qué? De lo que pueden discutir cuando no riñen o se aburren, una mujer fácil y bonita y un hombre, joven todavía, luego de un almuerzo en que ni escasearon las viandas ni faltaron los vinos. De amor hablábamos; de ese amor que está al alcance de todos los corazones y de todos los seres humanos, porque se detiene en la superficie del sentimiento, y busca, como principalísimo premio, goees rápidos e impresiones picantes. No discutiendo amores, porque antes dije mal: mostacando deleites futuros estábamos. Eugenia y yo en el elegante comedor de la casa, bebiendo deseos el uno en los ojos del otro, y apurando a sorbos lentos y abundantes sendas copas de vino de Champagne.

Era Eugenia una deliciosísima criatura.

La Naturaleza, maestra admirable cuando para atención en sus obras, la había modelado irrepresiblemente para los objetos a que debía servir en el mundo. Esbelta, fuerte, blanca de piel, con el pelo y los ojos tan negros como encendidos los labios y blancos los dientes, con el cuerpo tan pronto a las languideces súbitas y a los súbitos encrespamientos del deleite, como la boca a la risa y los labios al beso: resultaba una compañera insustituible para un viaje de amor, para un viaje corto, se entiende; no hablo del viaje de la vida.

Ella y yo habíamos emprendido ese viaje corto, almorzando juntos y haciendo la primera parada formal en los postres, mientras el champán fermentaba en las copas y el café hervía en su recipiente de acero.

—Mira, para el café—dijo Eugenia—, voy a traerte una botellita de chartreuse, un chartreuse especial (regalo del conde); tomaremos un par de copas y... ¡a vivir!

—Envuelta en un periódico y todo, como la trajo el hombre—añadió Eugenia cuando volvió a su sitio—, traigo yo la botella. ¡Ea!, desenvuélvela y llenaré las copas.

Desenvolví de la botella el periódico que la guardaba, y mientras mi amiga servía el chartreuse, fijé mis ojos en las letras impresas del diario.

Era de fecha ya remota. Mi vista dió sobre un telegrama de Sevilla que relataba el suicidio de una obrera, de una pobre muchacha que, obligada a mantener a los suyos y despedida de la fábrica, padeció, la miseria primero, el hambre propia y la de su familia después, y tomó al cabo la resolución de tirarse por el puente de Triana abajo, para sepultar sus desdichas en las aguas del Guadalquivir.

La impresión de tristeza que aquella noticia vieja me produjo, debió reflejarse en mi cara, porque Eugenia, deteniendo la botella en el aire con un brazo y rodeando con el otro mi cuello, me preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada—repuse—. He leído distraídamente este periódico, y ¡mira qué tontuna!, el conocimiento de una desventura acaecida hace ya meses, me ha quitado el humor.

—¿Qué has leído?—me volvió a preguntar Eugenia.

—Léelo—contesté, alargándole el trozo de periódico.

También la hermosísima cara de Eugenia manifestó tristeza, mientras su boca deletreaba el trágico suceso; también en sus ojos, siempre alegres, brilló un destello de melancolía.

—¡La miseria! ¡El hambre!—exclamó—. ¡Qué quieres! Ese es el porvenir de todas las trabajadoras. Llega un día en que falta el trabajo y no tiene una más remedio que tirarse de cabeza al río o tirar la vergüenza en mitad de la calle... Yo hice lo segundo; esa pobre chica lo primero. ¡Valiente tonta! ¡Tirarse al río!... ¡Bah!... ¿Para qué? Mejor es lo otro; por lo menos, mientras dura la juventud, una se divierte... Siendo joven, ¿por qué se tiraría al río esa chica?...

Eugenia quedó un momento pensativa, y luego, alzando en alto la copita llena de chartreuse verde, que parecía una esmeralda, donde se quebraban los rayos del sol, dijo, como hablando consigo misma:

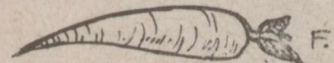
—¡Puede que fuese fea!...

JOAQUIN DICENTA



—Haga el favor de salirse de aquí, si nos llamo a su mujer.

—¿Mi mujer? Mi mujer está con tu marido.



Después del baile

A Pilar Cohen.

—¡Puf!... ¡Chicos, qué asco!... ¡Buen modo de prepararse para el Carnaval!...

Era Jacinto Ruiz del Arbol que, a un paso más que ligero, hacía atrás la chistera llena de *confetti* y subido hasta los ojos el cuello del gabán, desembocaba en la Puerta del Sol por la Carrera.

Colgada de mi brazo Lucila, una camarera del café de la Victoria, metida en un "bebé" azul celeste, rió, irónica, a grandes gritos. Yo reí también; y Jacinto, furioso en "crescendo", añadió:

—¡Siquiera vosotros!... ¡Te digo, hombre!...

Las cuatro y cuarto en el reloj de Gobernación. El frío intenso de la madrugada nos hizo acordar pronto el sitio donde habíamos de ir. A

casa de la "Matildona". De seguro que en aquel momento habría juerga.

::

Desde la calle sentíase la orquesta de ciegos, que nos era muy conocida, y el chocar de vasos y los gritos y risas de mujeres y hombres que bailaban, estrujándose, en un delirio furioso de borrachera y de lujuria.

Al subir, en la semiobscuridad de la escalera, sólo alumbrada por el farol del sereno, Jacinto, que ya empezaba a animarse, hubo de pellizcar a mi pareja bastante más arriba de una pantorrilla.

Lucila se quejó mimosa:

—¡Rico, que haces daño!...

Sentí que se besaban una vez y

muchas veces, haciéndola él caer y cayendo sobre ella en el rellano del piso principal, donde permanecieron un cuarto de hora largo...

::

Al fin supimos la causa del mal humor de Jacinto Ruiz.

Había estado en el baile de la Zarzuela con una máscara que no quiso quitarse el antifaz ni aun para besarle.

—Temo—le dijo—que te arrepientas de quererme..., porque ya me quieres, ¿verdad?

Ruiz del Arbol la sentaba, apasionado, en sus rodillas, besuqueándola las manos y el seno por sobre el antifaz.

—¡Mucho! ¡Mucho!... ¡Así he de quererte siempre!

Le contó que "era decente", pero una mujer enferma de amor, amor que en nadie, hasta entonces, había encontrado.

En un descanso, Jacinto ofreció a su amiga una copa de champán, que ella, inocente, aceptó de muy buen grado.

Y fué cuando él, aprovechando rápido un desuido de la desconocida, deshizo de un tirón el incógnito que se le hacía más codiciable.

Hubo el mismo grito de terror en las dos gargantas, y algo siniestro que no pudo traducirse en palabras...

Aurora Cruz, la pobre fea, la mujer enferma de amor, amor que nunca habitó bajo su techo, en su alcoba de mujer soltera muy apasionada, y que aquella noche y por unos instantes rozó sus labios, que se hicieron de fuego para recibirle, fué allí, como iba a todas partes: tras del hombre que no había de llegar, que jamás llegó a ella...

Reímos todos, y volvió el chocar de vasos y volvieron los gritos y las risas en delirio furioso de borrachera y de lujuria...

::

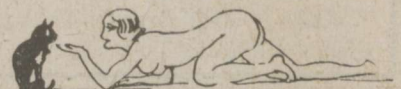
Bien entrado el día, en las mesas, sobre los divanes y en el suelo, las mujeres enmascaradas, suelto el pelo, descoloridos los labios, dormían, y era su sueño tranquilo como el sueño inmaculado de las vírgenes blancas.

Ellos habían huído todos, todos menos yo, que en vano me esforzaba por ejecutar en un viejo violín, allí olvidado, una sonata de Beethoven el divino...

F. GONZALEZ-RIGABERT



—Ni siquiera vienes a colocarme la chaqueta. ¡Tan a gusto que te la coloco yo a ti!



¡JUAN LISTO!

De Juan Listo era la esposa tan bella, que verla el rey y promulgar una ley fué todo una misma cosa. El edicto se cumplió ordenando ir a las bellas a palacio, y entre ellas, también la de Juan llegó. Colmóla el rey de favores, y aun la crónica asegura llegó Juan a tal altura que hasta tuvo admiradores. Mas, ¡ay!, todo es pasajero; así se turbó más tarde la fecha por un cobarde; acaso un mal caballero, pues que Juan estaba cierto

cual Juan era, haber notado que había un hombre escalado las altas tapias del huerto; y aunque tenfanle en casa por más necio que truán, fué el caso que dijo Juan: —He de saber lo que pasa. Obrando con gran cautela nada dijo a su mujer, yéndose una noche a hacer en el jardín centinela. Oculto completamente del ramaje en la espesura y de la noche en la obscura penumbra, esperó impaciente. De la queda, al fin, sonó el toque en la torre altiva

y una sombra fugitiva en el jardín penetró. Avanzó por una estrecha callejuela de rosales; ya llegaba a los umbrales del hotel; una sospecha perturbó a Juan la razón, levantó su mano airada, y asestó una puñalada al que juzgaba un ladrón. Ni un ¡ay! se oyó. Sólo el grave choque de un cuerpo pesado en tierra; Juan, asustado, entró en casa; echó la llave, y subiendo la escalera más de prisa que lo cuento, se dirigió al aposento de su hermosa compañera diciendo por el camino: —Si he muerto al rey, es de ley trate el juez hallar del rey al miserable asesino. Huiremos, pues. ¡Sebastián!... Engancha; dispón el coche. Nada, me marchó esta noche aunque sea con Satán. Conque presto, sin demora ayudado por Ignacio.

—¡Señor, fué el coche a palacio; llevó al rey y a la señora!
—¡Cuerno! ¡Al rey dices? Al punto trae la luz, y vete ya. ¡Por San Marcos! ¡Quién será no siendo el rey el difunto? Lo veré, pues; y provisto de una linterna, otra vez descendió con rapidez por la escalera Juan Listo. Abrió la puerta del huerto; y aunque la sombra era enorme, veíase un bulto informe que debía ser el muerto. Hacia él se fué, y al fulgor que la linterna esparcía, logró ver de la agonía en el horrible estertor agitarse, no al villano ni al rey como presumió, no; ¡sabéis a quién halló? ¡Al burro del hortelano!...

M. G. L.



Mi nenita rubia

Eres, nena, tan guapá y tan garrida, que me matas de amor y desconsuelo, pues sólo por ti sufro y me desvelo y gozoso daría hasta la vida.

¿A qué viene la insólita salida y por qué peno con tan gran anhelo? Porque quisiera ya verme en el cielo en mis brazos teméndote cogida.

Te amo mucho, nenita rubia y loca, deseo con encanto y embeleso libar el rico néctar de tu boca.

Apágame este fuego con un beso; ¿ves?, ya me abraso, me consumo, ¡toca! Espera así su libertad el preso!

ENRIQUE MALBOYSSON



—Llevas una temporada de mucho trabajo, ¿verdad?
—¡Ya lo creo! Recibo todos los días, y los jueves por la tarde doy globitos.

EL DISFRAZ POR FERSAL



¿DE QUÉ ME DISFRAZARÉ, QUE NO ME CONOZCAN...?



¿DE MARÍA ANTONIETA...?
¡ES MUCHA ROPA...!



¿DE DIABLA?
¡LO SOY SIN DISFRAZARME, PUES AL FIN Y AL CABO, SOY MUJER!



¿DE MILITAR?
¡ME ASUSTAN ESOS SABLES TAN LARGOS!



¿DE MOSQUETERO...?
¡ES MUY VARONIL...!



¿DE TROVADOR?
¡ESO SE QUEDA PARA LUIS DE TAPIA!



¿DE RUSA?
¡NO, QUE ME PUEDEN TOMAR POR UNA PERTURBADORA..!



¿DE CHULO?
¡NO ES POR AHI..!



¿PERO DE QUÉ ME DISFRAZARÍA...?



¡¡ YA ESTÁ !!



¿DE MUJER DECENTE...!
¿QUÉ LES PARECE?...

El héroe legendario

El hijo primogénito de un boticario de Marsella, ha tenido la desgracia de enamorarse de una moza que vive con sus padres en el cortijo situado en los alrededores de la ciudad.

El amador es Jaime Boudier, de oficio herrero; un pobre diablo que no gana actualmente más de ciento veinticinco francos mensuales; ella se llama Josefina, es una guapísima y "rica hembra", que tiene casas, coches, parientes que ocupan en París una posición respetable, y a quien sus padres, como es natural, pretenden casar con algún mayorazgo de viso.

Boudier y Josefina hablaron muchas veces. El es un muchacho práctico, en quien la voz de la codicia habla más alto que la voz del amor; ella es una niña romántica, a quien la perversa lectura de novelas por entregas ha vuelto el juicio, y que no puede consolarse de haber nacido en el siglo del vapor y de la luz eléctrica. A Josefina, según se desprende de lo ocurrido, la vuelven loca los lances de capa y espada, las aventuras inverosímiles y, sobre todo, los hombres valientes y llamados atrás.

Esta última chifladura fué la que se propuso para explotar el ladino Jaime Boudier para llegar antes y más seguramente al corazón de Josefina.

Iba a celebrarse una cacería en la cual tomaban parte más de cuarenta personas, entre hombres y mujeres, y Boudier quiso aprovechar aquella oportunidad para realizar su propósito.

Buscó a varios monteros de su confianza; altos, membrudos, de atezados rostros, que parecían bandidos calabreses, y les hizo la siguiente originalísima proposición:

—Necesito que esta tarde, a las cinco y media, estéis en la cañada de...

—¿Para qué?

—Para que asaltéis el coche en que irán de paseo mademoiselle Josefina y su madre.

Su plan era sencillísimo; él estaba encargado de guiar al coche.

—Cuando pasemos por el sitio que ya os he indicado, tú, Pedro, que oficiarás de jefe, me das el "¡alto!" echándote un fusil a la cara.

—¿Y mis compañeros?

—Entonces yo echaré pie a tierra y os acometeré valerosamente, garrote en mano, poniéndoos en vergonzosa fuga. Lo importante es que yo quede a los ojos de mademoiselle Josefina como un héroe legendario de aquellos que se comían a los bandidos crudos.

En esta inteligencia se separaron. "¿Qué sucedió después?..."

Que hallándose los monteros emboscados en el lugar convenido, y poco antes de las cinco y media de la tarde, acertó a pasar por allí un coche que no era el de mademoiselle Josefina. Pedro y los suyos juzgaron llegado el momento de obrar, y dieron el temeroso "¡quién vive!..." y el vehículo se detuvo. Los caballos empezaron a encabritarse; el cochero, creyendo habérselas con bandidos auténticos, saltó del pescante y echó a correr por el bosque como liebre seguida de perros; las dos mujeres que ocupaban el interior del coche se habían desmayado con el susto... En aquel momento apareció Boudier, gritando despavorido:

—¡Os habéis equivocado! ¡No es ese, no es ese!...

De todo eso ha resultado un escándalo muy gordo, del cual se ha ocupado toda la Prensa marsellesa: mademoiselle Josefina dicen que ha empezado a desconfiar de los hombres valientes, y Jaime Boudier se ha quedado sin novia y en ridículo.

FERNANDO AMADO



—Ahí bajo hay un militar que pregunta por usted.

—Si lleva galones que suba.

GRACIA DE LOS DEMAS

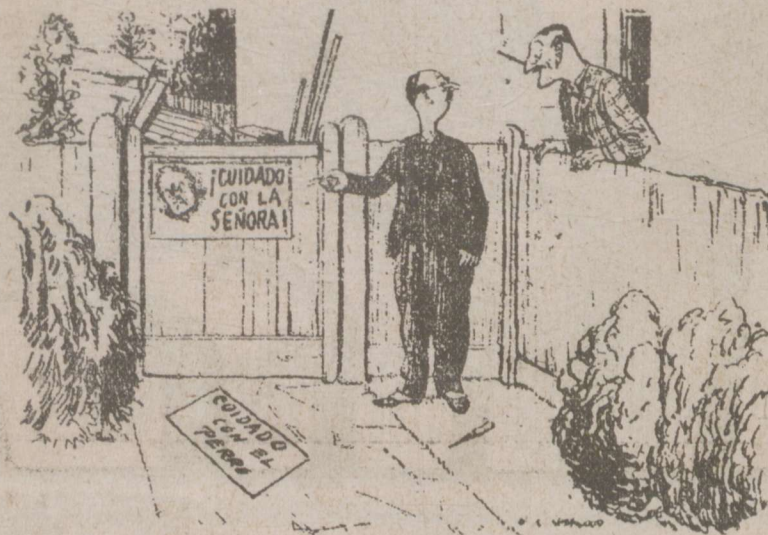
REPROCHES



Madame Durand.—¿Has visto, querido, lo que has sacado con tu manía de querer siempre apagar la luz?



—¿Qué barbudo es el pintor del estudio vecino! ¿Has posado ya para él?
—¿Qué esperanza!... Soy muy cosquillosa...



—No hallo el medio de ahuyentar a los Almosneros; así que, con el permiso de mi esposa, he pintado este nuevo cartelito,

La Editorial Carceller está confeccionando para el año 1933 los Almanagues galantes de

“BESAME“,

“FI-FI“ y

“ROJO Y VERDE“.

No deje usted de leerlos.



El marido.—¡Esta vez, o lo soy o no veo claro!

El intruso.—¡Mire, amigo! ¡Vale más ser lo que usted teme, que ciego!

BESAME



SADE.

20 cts.

Vida cruel, vida amarga;
quedarse sola Asunción
con una pipa tan larga.

